Página/90
El Mundial a diario
Suplemento de Página/12
Martes 26 de junio de 1990

POR GRACIA RECIBIDA

"Otra vez Dios fue con nosotros a Turín, se puso la camiseta argentina y anduvo un ratito por ahí" (Diego Maradona)

(Por Daniel Lagares, desde Roma) La Italia deportiva habla del "Mirácolo Diego". La mayoría de los diarios locales caracterizaron de esa forma la manera en que Argentina eliminó a Brasil del Mundial. Pero, la versión periodística no siempre es la más fidedigna.

"Los diarios italianos dicen muchas cosas y algunas son barbaridades, pero, bueno, les agradezco eso aunque me gustaría que resaltaran a todos los que jugamos, todos los que pusieron lo que hay que poner para ganar estos partidos", se confesaba ayer un Maradona barbado, con aro de oro en la oreja izquierda, varios anillos y una pulsera con la chapa estampada con el nombre "Dalma". Una camiseta de la selección italiana, la número 5, y calzando ojotas. En el tobillo izquierdo un impresionante vendaje sujetaba una bolsa de agua caliente. Y adentro del pecho, ganas de hablar del milagro.

"Anoche, cuando volvíamos a Trigoria decíamos con los muchachos que otra vez Dios había venido con nosotros a Turín, se puso la camiseta argentina y anduvo un ratito por ahí...", insistía. Resolvió la cuestión específica con una frase hecha: "Brasil es un gran equipo de fútbol que tiene a dos grandes jugadores como Muller y Careca y que ayer no pudieron hacer goles. Nosotros tenemos a otro excelente jugador como Paul Caniggia y por eso ganamos. Si antes del Mundial me preguntaban a qué equipo no quería enfrentar, les decía Brasil. Ahora ya le ganamos a Brasil. No sé qué puede pasar de ahora en más".

La selección regresó de Turín en la medianoche del domingo. En Trigoria estaban Claudia Villafañe y sus dos hijas. Saludaron al padre y volvieron a la casa de Scipione Capece 3, en Nápoles. El padre no pudo dormir "un poco por la tensión y otro poco por el dolor, casi no podía caminar esta mañana". Cuando se despertó viajó hasta Marino, donde se concentra Italia. "Fui a saludar a Ciro Ferrara, mi compañero del Napoli que perdió el puesto en el banco por Vierchowod y le pedí su camiseta para darle suerte. En el día más feliz de mi vida", dijo, aunque también se hizo masajear el tobillo izquierdo por el masajista del Napoli que cumple las mismas funciones en la selección de Vicini. De ahí, hasta la tarde, en que aceptó hablar con la prensa. Los italianos primero, los demás, más tarde.

—¿Este resultado soluciona todos los problemas?

—No, para nada... hay que recuperar a un montón de lesionados. Yo, Ruggeri, Burruchaga... aunque estoy contento porque le dimos una alegría a la gente que salió a festejar un triunfo deportivo. Las otras cosas no se solucionan con un partido de fútbol.

—Vos hablaste del milagro, antes de Brasil. Realmente, ¿creías que se podía dar ese milagro?

—No. Yo sabía que Brasil no podía aguantar el ritmo yendo siempre para adelante y que en algún momento íbamos a tener nuestra oportunidad. Por eso jugamos así, como agazapados, porque no estábamos en las mejores condiciones físicas como para ir a enfrentarlos mano a mano.

—¿Cómo hiciste para jugar con ese tobillo así?

—Con dolor, por supuesto, pero no podía faltar. Después del minuto 85, cuando me di cuenta de que ganábamos ya no sentí más nada.

El doctor Madero le aplicó cuatro infiltraciones en el tobillo izquierdo antes de salir a la cancha. Apenas se podía mantener en pie y llegó a hacer la jugada del gol con el resto de aire que le quedaba en los pulmones. Era ahí o nunca. Esa jugada tiró abajo todo lo que pensaba Lazaroni para Brasil, destruyó la edificación de una mentira que apuntaba al "modernismo" del "nuevo fútbol" verdeamarillo y produjo una revolución en el plantel brasileño. Mauro Galvao, el libero, dijo que "la culpa de la derrota es de Alemao que no le pegó cuando agarró la pelota".

—Lo leí en los diarios. La FIFA tendría que suspender a Galvao de por vida porque está incitando a la violencia. Además, que aprenda a jugar de libero y después hable porque el gol es un error de ellos. Yo a Alemao le gano la posición y cuando llego tengo a Galvao y los dos Ricardo en la misma línea. Caniggia pasó entre dos de ellos y la vi tan fácil que no lo podía creer. Galvao trata de esconder su error, mejor que no hable.

—Otra vez te silbaron en el Norte. ¿Qué pasará en Florencia?

—No sé, con Baggio no discutí nunca... la reacción de la gente fue normal. Lo de siempre, es una actitud de ignorantes. Silbar un himno nacional es una actitud de ignorantes.

—Si Argentina llega a semifinales se encuentra casi seguro con Italia en Nápoles. ¿Cómo pensás que va actuar el público en el San Paolo?

—Tienen que hinchar por los italianos. Yo, a los argentinos, no les perdonaría que hincharan por un jugador extranjero cuando juega contra la selección.

Ningún jugador argentino, ni Carlos Bilardo, hizo un análisis profundo del partido con Brasil. Todavía, ayer, estaban festejando el pasaje impensado a los cuartos de final. Una actitud inteligente, porque todos admiten la superioridad de los morenos y que se ganó de la única manera que se podía. Aguantando y esperando un regalo del cielo. Sergio Batista en los camarines de Turín escuchó una pregunta sobre la importancia táctica teniendo a un hombre como Maradona. "Por suerte juega para nosotros" respondió. "Sólo alguien como Maradona podía jugar con el tobillo en esas condiciones", afirmaba ayer Bilardo.

Cuando la noche caía en Trigoria, un periodista español cerró la multitudinaria entrevista con Maradona.

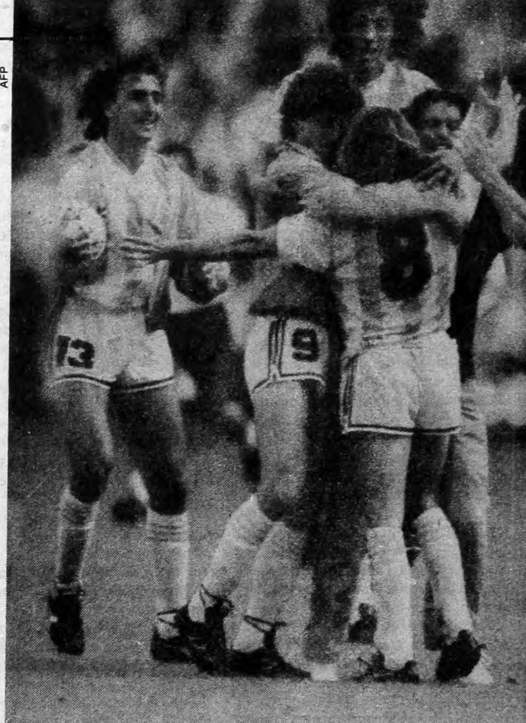
—Algunos lo ponen a la altura de Carlitos Gardel. ¿Es usted el Gardel del fútbol?

—No... es demasiado alto para mí. Yo mido apenas 1,65...


AFP

DESDE TURIN

FELIZ DOMINGO PARA TODOS


AFP

El gol de Caniggia, el festejo argentino, la frustración de los brasileños. El grito de venganza que explotó en Turín tuvo una onda expansiva en toda la Argentina.

(Por Daniel Lagares, desde Turín) La única bala del revólver de Maradona fue disparada a tiempo, a la hora señalada, hizo blanco en los pronósticos para matar lo establecido y sembrar de dudas el futuro de la XIV Copa del Mundo. Si se lo analiza a fondo, el triunfo sobre Brasil debe ser una alegría efímera, propia de una noche de San Juan, donde se olvidó que cada uno es cada cual.

Es tan legítima esa descontrolada vuelta olímpica de Oscar Ruggeri por todo el estadio Alpi como el festejo de los que recorrieron la 9 de Julio calentando el frío invernal de Buenos Aires con sus gritos y bocinazos. Tan poco había dado esta selección que a la primera ofrenda la gente salió a celebrar. Ahora vendrá la eterna discusión que ha dividido las aguas del fútbol argentino: ¿sirve jugar mal y ganar?

A la selección, todos la dábamos más cerca del avión de regreso que de los cuartos de final. También los jugadores sabían que existía una sola posibilidad de ganarle a Brasil. Aguantar a los morenos y que Maradona se iluminara en una jugada, a despecho del tobillo destrozado y de la rodilla golpeada. Hasta los más firmes sostenedores de todo el proceso que encabezó Carlos Bilardo estaban disconformes con lo que había dado la selección en la primera parte del Mundial. Víctor Hugo Morales, después del partido con Rumania dijo: "Para clasificar así, mejor no clasificar". Y tenía razón. Ahora debemos preguntarnos, ¿sirve ganarle así a Brasil?

Para el plantel y el técnico, por supuesto. Les modifica todo el panorama. Recupera anímicamente a un grupo diezmado en su temperamento por las bajísimas producciones frente a Camerún, Unión Soviética y Rumania —salvo los 15 minutos de ese partido— que esta victoria sobre el temor de Lazaroni y la falta de agallas de Brasil no podrá hacer olvidar. El triunfo de Turín se recordará como "el día que nos reventaron a pelotazos y ganamos 1 a 0 con una jugada de Maradona sobre la hora". Si Brasil se iba ganando por dos goles en el primer tiempo, nadie podía decir nada. Que no se diga ahora que este pasaje a los cuartos de final es producto "del trabajo" y de los centros que tiraba Burruchaga en Francia para que Ruggeri cabeceara en Madrid.

Tantas veces pedimos grandeza a este equipo y al técnico, que debemos, ahora, reconocerles algunos aciertos. El primero, saber que a Brasil se le podía ganar solamente de esa manera. El segundo, que hubo respuestas temperamentales para aferrarse a lo poco que se tenía —especular con el miedo de Brasil, pelear el medio, luchar cada pelota, no entregarse cada vez que reventaban los palos de Goycochea— y soportar un asedio memorable como el de la primera media hora. El otro corresponde a Bilardo, que cambió la marca de hombre a hombre por el hombre en zona de Ruggeri sobre Müller y Monzón sobre Careca después del estrago que hicieron los morenos al principio. Y la inteligencia táctica de Giusti para manejar el equipo dentro de la cancha. El resto, fue Maradona.

El 1 a 0 no borrará viejas imágenes. Hacerle hombre a Ecuador, la Copa América, la falta de entusiasmo por jugar en el país, por ejemplo. Puede, sin embargo, retemplar el espíritu de la selección, como advirtió Maradona: "Estamos vivos y somos peligrosos". Dependerá de la recuperación física de varios hombres, de los rivales, de lo que se quiere. Si hay conformismo por haberle ganado a Brasil de aquella manera otra vez empezamos el camino. Si s[e] dice "estamos hechos", será un sím[bolo] de la mezquindad. Ahora pue[de] de cambiar el Mundial, es cierto. Pe[ro] no borrará nada de lo que se es[cribió]. Triunfos, como el logrado an[te] Brasil, sirven para empezar a le[vantar] la cuesta. Ya se verá si la no[che] de fiesta fue efímera y si la zo[rra] rica vuelve al rosal, la zorra po[bre] al portal y el avaro a sus divisas.

DESDE BUENOS AIRES

(Por Carlos Ares) El grito de un gol, uno solo, abrió la boca de fuego de un volcán en medio de la ciudad de Buenos Aires. Nunca antes, ni siquiera cuando Argentina ganó la Copa del Mundo en 1986, se sintió temblar así a los suburbios. Aquel grito, el de México hace cuatro años, fue de festejo y era esperado. Este del pasado domingo frente a Brasil, al que no le había podido ganar nunca en torneos de este nivel, incorporó la rabia a la alegría de la victoria. Fue una revancha contra el destino. A nadie importó la forma como se consiguió el resultado final. La gente se desparramó por las calles con la irracional felicidad de quien ha encontrado el carnet de identidad que creía definitivamente perdido.

Los gases del mal humor y los ríos calientes de la impotencia venían revolviéndose desde que se escucharon los silbidos del público italiano contra Maradona en el partido inaugural de la Copa. Una sociedad que en los últimos veinte años ha pasado por las más duras humillaciones, entre las que debe incluirse una guerra perdida —la de las islas Malvinas en 1982—, no podía soportar sin levantar presión que se tocara a su único motivo de orgullo en tanto tiempo. A la bronca de entonces se sumó luego la vergüenza por la derrota inicial frente a Camerún y las bajas actuaciones en los partidos siguientes. En el ánimo de todos se sentía ya la necesidad de "perder de una vez y volvernos a casa". Los hinchas sólo aspiraban a una derrota digna. "Que vayan al frente y se la jueguen", pedían.

Se llegó así al pasado domingo en estado de metástasis futbolística. Las imágenes de la televisión aportaban la prueba documental. Eso, ese huevo morado y tenso, era el tobillo de Diego. Para colmo, los mismos jugadores contribuían al pesimismo general con sus declaraciones optimistas: "Podemos intentar el milagro". El entrenador y médico, Carlos Bilardo, repasaba los órganos afectados. El pie de Maradona, la cintura de Ruggeri, el músculo cuádriceps de Burruchaga, los pulmones de Giusti que todavía no reservan aire suficiente: "La base del equipo no está bien", reconocía un Bilardo disfónico, apesadumbrado.

Pero algo extraño sucedió ya en el amanecer del 24 de junio. Las emisoras de radio evocaron a Carlos Gardel, muerto hace 55 años en un accidente de aviación ocurrido en Medellín, Colombia, y el eco de la voz del mayor mito popular argentino que rebotaba en toda la ciudad provocó una absurda ilusión. "Lejana tierra mía/ de mis amores/ ¡cómo te nombro!/ en mis noches sin sueño/ con las pupilas llenas de asombro/ dime estrellita mía/ que no son vanas/ mis esperanzas..." cantaba "el Morocho".

Un sol potente, cálido y glorioso, fortaleció la premonición. En los días previos se había anunciado como posibilidad que nevara en Buenos Aires por segunda vez en el siglo. Nadie pudo explicar después dónde estaba el temporal que debía llegar desde el sur. A media mañana cada uno de los argentinos cumplió fielmente con sus cábalas secretas y también con la que ya es pública: la de no nombrar al presidente de la Nación para proteger al equipo de todas sus mufas.

La televisión comenzó a difundir las imágenes del partido que comenzó a las doce horas en punto del mediodía y desde entonces hasta las 13 y 38 minutos de la tarde no se oyeron ni los tacos de un hombre al paso. El descanso entre un tiempo de juego y otro fue percibido apenas como el murmullo de una oración que las muchedumbres rezaban sin dejar de golpearse el pecho: "Somos un desastre". Pero luego, cuando la mano izquierda inflamada, el pie de Maradona, hizo ese único y desesperado esfuerzo y envolvió en su remolino a cuatro defensores brasileños para dejar a Caniggia solo frente al arquero, el aire contenido en el pecho del país se disparó y el hongo atómico del grito se vio desde la Cordillera de los Andes. Como era de esperar, e[l] jefe del Estado aprovechó la oportunidad para comentar el partido a través de la televisión: "Goles son amores", dijo y se atribuyó el resultado: "Yo había anticipado que ganábamos uno a cero. Esto es para los que hablan de 'mufa'." Un supuesto mérito que no rebaja ni un gramo la sospecha popular que pesa sobre él.

El frío nocturno despejó los embotellamientos de autos y peatones en las zonas céntricas de las principales ciudades. El festejo posterior fue al fin parecido al de otras victorias. En el Complejo Cultural Discépolo, donde se recordó a Gardel con imágenes, poemas y canciones suyas, el conductor del acto no olvidó a Maradona. Y entre los previsibles títulos fue *Crónica* el que mejor interpretó el mágico fenómeno que recorrió por un instante el inconsciente colectivo de la sociedad: "Argentina sos Gardel". Como si el fútbol y el tango hubieran levantado una pared entre las ruinas.

DESDE FOZ DE IGUAZU

(Por Miguel Briante, desde Foz de Iguazú) "Vengan esta noche, cuando no se note la chapa del auto, porque se lo van a romper. Para enfiestarnos con cuatro son cien dólares, pero por ser argentinos les tendríamos que cobrar más. Yo estoy triste y esta tarde, cuando perdimos el partido, rompí mi bandera", dijo la mulata Vanessa, en la puerta de Lo de Aquino, una de las tantas casas non sanctas del barrio La Zona, en el arrabal de la ciudad brasileña Foz de Iguazú.

Quitando algunos detalles más o menos escabrosos, el desconsuelo de la hetaira —que comentaban después cuatro argentinos jóvenes— era el mismo de los doscientos ochenta mil brasileños que pueblan esa ciudad profusa en hoteles de superlujo, fábricas, paradas fijas para los travestis, boliches carísimos y atorrantes, y habitualmente viven en paz con la población argentina de Puerto Iguazú, rica en ofertas de ajo, cebollas y salames. Desde el costado a la derecha —mirando hacia arriba del mapa— acecha la fuente más grande de subsistencia Puerto Stroessner, supermercado del contrabando, punto central de esa zona que se conoce genéricamente como "Tres Fronteras".

El contrabando hormiga y el pesado, la avidez de los argentinos por los electrodomésticos, el cruce de las tres aduanas, todo quedó suspendido en el mediodía del domingo pasado, cuando empezó el partido entre las selecciones de Argentina y Brasil. Los argentinos que en el atardecer del sábado venían del Paraguay habían debido acortar sus paradas en los boliches de Foz de Iguazú, intimidados por el estallido de los petardos —en realidad, pequeñas bombas de mano—, las banderas, la furia de los brasileños que anticipaban el festejo. A eso se agregaba, claro, la poca confianza en el seleccionado argentino.

Quizá por eso, en el costado argentino, el milagro de Maradona por una vez parado y corriendo, el gol de Caniggia, sólo fueron gritados en las casas y en los hoteles. Sin preparación para la gloria, los habitantes de Puerto Iguazú celebraron el triunfo con un improvisado desfile de tractores, hombres con palas y azadas, borrachos que se tiraban barro. Una fiesta ordenada, sin gritos.

Del otro lado hubiera sido distinto. Este cronista se despidió diciendo que si no volvía se lo considerara caído en acción, y se animó a cruzar la frontera con un médico de origen guaraní, nativo de las Tres Fronteras, que habla portugués. En la aduana brasileña no había un alma. Nadie. Eran las tres y media de la tarde y se podría haber cruzado un cargamento de elefantes.

En un drugstore a todo trapo de la avenida Brasil, en Foz de Iguazú, cuatro televisores gigantes repetían a los cuatro vientos las imágenes del partido entre Alemania y Holanda, que nadie miraba. Un chico argentino que había pasado ahí el momento peligroso —y que se tuvo "que callar cuando el gol argentino, loco, porque me mataban, loco"— narró que unas pobres chicas paraguayas, muy bien vestidas, habían gritado por Argentina. Las acompañaba un tipo. "El tipo la ligó, y los brasucas se pusieron a gritar que todos los argentinos son *virao*. Virados. Trolos, putos." Y narró, también, que al comienzo del partido un grupo seguido por las cámaras de la televisión local había llegado con un gran muñeco de trapo que representaba a Maradona. Estaba sentado en una silla de ruedas y personas vestidas de médicos le ponían suero en los brazos. "Iban a quemarlo —dijo—, pero cuando terminó el partido se lo llevaron en una ambulancia."

Una resignación que no encuadraba ni a los bolicheros ni a las voluptuosas traficantes del amor, condenados a quedarse con la mercadería sin vender.

DESDE TURIN

FELIZ DOMINGO PARA TODOS

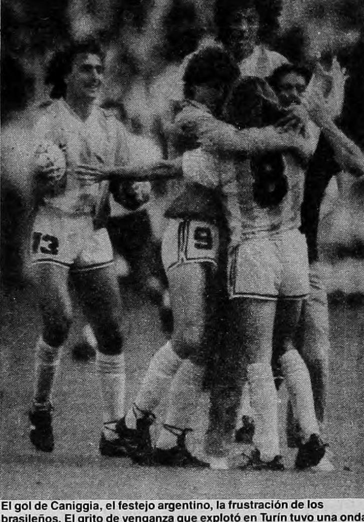
(*Por Daniel Lagares, desde Turín*) La única bala del revólver de Maradona fue disparada a tiempo, a la hora señalada, hizo blanco en los pronósticos para matar lo establecido y sembrar de dudas el futuro de la XIV Copa del Mundo. Si se lo analiza a fondo, el triunfo sobre Brasil debe ser una alegría efímera, propia de una noche de San Juan, donde se olvidó que cada uno es cada cual.

Es tan legítima esa descontrolada vuelta olímpica de Oscar Ruggeri por todo el estadio Alpi como el festejo de los que recorrieron la 9 de Julio calentando el frío invernal de Buenos Aires con sus gritos y bocinazos. Tan poco había dado esta selección que a la primera ofrenda la gente salió a celebrar. Ahora vendrá la eterna discusión que ha dividido las aguas del fútbol argentino: ¿sirve jugar mal y ganar?

A la selección, todos la dábamos más cerca del avión de regreso que de los cuartos de final. También los jugadores sabían que existía una sola posibilidad de ganarle a Brasil. Aguantar a los morenos y que Maradona se iluminara en una jugada, a despecho del tobillo destrozado y de la rodilla golpeada. Hasta los más firmes sostenedores de todo el proceso que encabezó Carlos Bilardo estaban disconformes con lo que había dado la selección en la primera parte del Mundial. Víctor Hugo Morales, después del partido con Rumania dijo: "Para clasificar así, mejor no clasificar". Y tenía razón. Ahora debemos preguntarnos, ¿sirve ganarle así a Brasil?

Para el plantel y el técnico, por supuesto. Les modifica todo el panorama. Recupera anímicamente a un grupo diezmado en su temperamento por las bajísimas producciones frente a Camerún, Unión Soviética y Rumania —salvo los 15 minutos de ese partido— que esta victoria sobre el temor de Lazaroni y la falta de agallas de Brasil no podrá hacer olvidar. El triunfo de Turín se recordará como "el día que nos reventaron a pelotazos y ganamos 1 a 0 con una jugada de Maradona sobre la hora". Si Brasil se iba ganando por dos goles en el primer tiempo, nadie podía decir nada. Que no se diga ahora que este pasaje a los cuartos de final es producto "del trabajo" y de los centros que tiraba Burruchaga en Francia para que Ruggeri cabeceara en Madrid.

Tantas veces pedimos grandeza a este equipo y al técnico, que debemos, ahora, reconocerles algunos aciertos. El primero, saber que a Brasil se le podía ganar solamente de esa manera. El segundo, que hubo respuestas temperamentales para aferrarse a lo poco que se tenía —especular con el miedo de Brasil, pelear el medio, luchar cada pelota, no entregarse cada vez que reventaban los palos de Goycochea— y soportar un asedio memorable como el de la primera media hora. El otro corresponde a Bilardo, que cambió la marca de hombre a hombre por el hombre en zona de Ruggeri sobre Müller y Monzón sobre Careca después del estrago que hicieron los morenos al principio. Y la inteligencia táctica de Giusti para manejar el equipo dentro de la cancha. El resto, fue Maradona.


AFP

El gol de Caniggia, el festejo argentino, la frustración de los brasileños. El grito de venganza que explotó en Turín tuvo una onda expansiva en toda la Argentina.

El 1 a 0 no borrará viejas imágenes. Hacerle hombre a Ecuador, la Copa América, la falta de entusiasmo por jugar en el país, por ejemplo. Puede, sin embargo, retemplar el espíritu de la selección, como advirtió Maradona: "Estamos vivos y somos peligrosos". Dependerá de la recuperación física de varios hombres, de los rivales, de lo que se quiere. Si hay conformismo por haberle ganado a Brasil de aquella manera, otra vez empezamos el camino. Si se dice "estamos hechos", será un símbolo de la mezquindad. Ahora puede cambiar el Mundial, es cierto. Pero no borrará nada de lo que se escribió. Triunfos, como el logrado ante Brasil, sirven para empezar a levantar la cuesta. Ya se verá si la noche de fiesta fue efímera y si la zorra rica vuelve al rosal, la zorra pobre al portal y el avaro a sus divisas.

DESDE BUENOS AIRES

(*Por Carlos Ares*) El grito de un gol, uno solo, abrió la boca de fuego de un volcán en medio de la ciudad de Buenos Aires. Nunca antes, ni siquiera cuando Argentina ganó la Copa del Mundo en 1986, se sintió temblar así a los suburbios. Aquel grito, el de México hace cuatro años, fue de festejo y era esperado. Este del pasado domingo frente a Brasil, al que no le había podido ganar nunca en torneos de este nivel, incorporó la rabia a la alegría de la victoria. Fue una revancha contra el destino. A nadie importó la forma como se consiguió el resultado final. La gente se desparramó por las calles con la irracional felicidad de quien ha encontrado el carnet de identidad que creía definitivamente perdido.

Los gases del mal humor y los ríos calientes de la impotencia venían revolviéndose desde que se escucharon los silbidos del público italiano contra Maradona en el partido inaugural de la Copa. Una sociedad que en los últimos veinte años ha pasado por las más duras humillaciones, entre las que debe incluirse una guerra perdida —la de las islas Malvinas en 1982—, no podía soportar sin levantar presión que se tocara a su único motivo de orgullo en tanto tiempo. A la bronca de entonces se sumó luego la vergüenza por la derrota inicial frente a Camerún y las bajas actuaciones en los partidos siguientes. En el ánimo de todos se sentía ya la necesidad de "perder de una vez y volvernos a casa". Los hinchas sólo aspiraban a una derrota digna. "Que vayan al frente y se la jueguen", pedían.

Se llegó así al pasado domingo en estado de metástasis futbolística. Las imágenes de la televisión aportaban la prueba documental. Eso, ese huevo morado y tenso, era el tobillo de Diego. Para colmo, los mismos jugadores contribuían al pesimismo general con sus declaraciones optimistas: "Podemos intentar el milagro". El entrenador y médico, Carlos Bilardo, repasaba los órganos afectados. El pie de Maradona, la cintura de Ruggeri, el músculo cuádriceps de Burruchaga, los pulmones de Giusti que todavía no reservan aire suficiente: "La base del equipo no está bien", reconocía un Bilardo disfónico, apesadumbrado.

Pero algo extrañó sucedió ya en el amanecer del 24 de junio. Las emisoras de radio evocaron a Carlos Gardel, muerto hace 55 años en un accidente de aviación ocurrido en Medellín, Colombia, y el eco de la voz del mayor mito popular argentino que rebotaba en toda la ciudad provocó una absurda ilusión. "Lejana tierra mía/ de mis amores/ ¡cómo te nombro!/ en mis noches sin sueño/ con las pupilas llenas de asombro/ dime estrellita mía/ que no son vanas/ mis esperanzas..." cantaba "el Morocho".

Un sol potente, cálido y glorioso, fortaleció la premonición. En los días previos se había anunciado como posibilidad que nevara en Buenos Aires por segunda vez en el siglo. Nadie pudo explicar después dónde estaba el temporal que debía llegar desde el sur. A media mañana cada uno de los argentinos cumplió fielmente con sus cábalas secretas y también con la que ya es pública: la de no nombrar al presidente de la Nación para proteger al equipo de todas sus mufas.

La televisión comenzó a difundir las imágenes del partido que comenzó a las doce horas en punto del mediodía y desde entonces hasta las 13 y 38 minutos de la tarde no se oyeron ni los tacos de un hombre al paso. El descanso entre un tiempo de juego y otro fue percibido apenas como el murmullo de una oración que las muchedumbres rezaban sin dejar de golpearse el pecho: "Somos un desastre". Pero luego, cuando la mano izquierda inflamada, el pie de Maradona, hizo ese único y desesperado esfuerzo y envolvió en su remolino a cuatro defensores brasileños para dejar a Caniggia solo frente al arquero, el aire contenido en el pecho del país se disparó y el hongo atómico del grito se vio desde la Cordillera de los Andes. Como era de esperar, el jefe del Estado aprovechó la oportunidad para comentar el partido a través de la televisión: "Goles son amores", dijo y se atribuyó el resultado: "Yo había anticipado que ganábamos uno a cero. Esto es para los que hablan de 'mufa'." Un supuesto mérito que no rebaja ni un gramo la sospecha popular que pesa sobre él.

El frío nocturno despejó los embotellamientos de autos y peatones en las zonas céntricas de las principales ciudades. El festejo posterior fue al fin parecido al de otras victorias. En el Complejo Cultural Discépolo, donde se recordó a Gardel con imágenes, poemas y canciones suyas, el conductor del acto no olvidó a Maradona. Y entre los previsibles títulos fue *Crónica* el que mejor interpretó el mágico fenómeno que recorrió por un instante el inconsciente colectivo de la sociedad: "Argentina sos Gardel". Como si el fútbol y el tango hubieran levantado una pared entre las ruinas.

DESDE FOZ DE IGUAZU

(*Por Miguel Briante, desde Foz de Iguazú*) "Vengan esta noche, cuando no se note la chapa del auto, porque se lo van a romper, Para enfiestarnos con cuatro son cien dólares, pero por ser argentinos les tendríamos que cobrar más. Yo estoy triste y esta tarde, cuando perdimos el partido, rompí mi bandera", dijo la mulata Vanessa, en la puerta de Lo de Aquino, una de las tantas casas non sanctas del barrio La Zona, en el arrabal de la ciudad brasileña Foz de Iguazú.

Quitando algunos detalles más o menos escabrosos, el desconsuelo de la hetaira —que comentaban después cuatro argentinos jóvenes— era el mismo de los doscientos ochenta mil brasileños que pueblan esa ciudad profusa en hoteles de superlujo, fábricas, paradas fijas para los travestis, boliches carísimos y atorrantes, y habitualmente viven en paz con la población argentina de Puerto Iguazú, rica en ofertas de ajo, cebollas y salames. Desde el costado a la derecha —mirando hacia arriba del mapa— acecha la fuente más grande de subsistencia Puerto Stroessner, supermercado del contrabando, punto central de esa zona que se conoce genéricamente como "Tres Fronteras".

El contrabando hormiga y el pesado, la avidez de los argentinos por los electrodomésticos, el cruce de las tres aduanas, todo quedó suspendido en el mediodía del domingo pasado, cuando empezó el partido entre las selecciones de Argentina y Brasil. Los argentinos que en el atardecer del sábado venían del Paraguay habían debido acortar sus paradas en los boliches de Foz de Iguazú, intimidados por el estallido de los petardos —en realidad, pequeñas bombas de mano—, las banderas, la furia de los brasileños que anticipaban el festejo. A eso se agregaba, claro, la poca confianza en el seleccionado argentino.

Quizá por eso, en el costado argentino, el milagro de Maradona por una vez parado y corriendo, el gol de Caniggia, sólo fueron gritados en las casas y en los hoteles. Sin preparación para la gloria, los habitantes de Puerto Iguazú celebraron el triunfo con un improvisado desfile de tractores, hombres con palas y azadas, borrachos que se tiraban barro. Una fiesta ordenada, sin gritos.

Del otro lado hubiera sido distinto. Este cronista se despidió diciendo que si no volvía se lo considerara caído en acción, y se animó a cruzar la frontera con un médico de origen guaraní, nativo de las Tres Fronteras, que habla portugués. En la aduana brasileña no había un alma. Nadie. Eran las tres y media de la tarde y se podría haber cruzado un cargamento de elefantes.

En un drugstore a todo trapo de la avenida Brasil, en Foz de Iguazú, cuatro televisores gigantes repetían a los cuatro vientos las imágenes del partido entre Alemania y Holanda, que nadie miraba. Un chico argentino que había pasado ahí el momento peligroso —y que se tuvo "que callar cuando el gol argentino, loco, porque me mataban, loco"— narró que unas pobres chicas paraguayas, muy bien vestidas, habían gritado por Argentina. Las acompañaba un tipo. "El tipo la ligó, y los brasucas se pusieron a gritar que todos los argentinos son *virao*. Virados. Trolos, putos." Y narró, también, que al comienzo del partido un grupo seguido por las cámaras de la televisión local había llegado con un gran muñeco de trapo que representaba a Maradona. Estaba sentado en una silla de ruedas y personas vestidas de médicos le ponían suero en los brazos. "Iban a quemarlo —dijo—, pero cuando terminó el partido se lo llevaron en una ambulancia."

Una resignación que no encuadraba ni a los bolicheros ni a las voluptuosas traficantes del amor, condenados a quedarse con la mercadería sin vender.

DOS GOLES PUSIERON A LOS AZURRI EN LOS CUARTOS

Italia 90, Uruguay 0

(*Por D.L., desde Roma*) Comenzó en punto, como todo el Mundial, pero aquí, en el Estadio Olímpico de Roma, Italia, a partir de las 21 (16 hora argentina), se jugaba la clasificación a los cuartos de final ante Uruguay, ese equipo que es capaz de soplarle la velita al dueño de casa, sobre todo porque aquí, aún, se recuerda el "maracanazo" ante Brasil en 1950 y sobre todo teniendo en cuenta que el conjunto de Lazaroni sacó pasaje de vuelta.

Pero ayer todo salió como estaba previsto. Uruguay soportó dignamente lo que pudo y fue Schillaci el que colocó a los italianos rumbo a los cuartos con un zapatazo misilístico y Serena el que acabó con la poca ilusión "oriental". Pero antes del encuentro y durante todo el día de ayer, sin saber que los locales iban a ganar por 2 a 0, comenzó la fiesta.

Detrás de las montañas subía un sol amenazante. Ese abrazo que el Raccordo Anulare le pega a Roma nos conducía de regreso de Turín. Amanecía y la disciplina laboral de los italianos estaba en marcha una vez más. No había balcón sin la bandera tricolor. No había auto sin la cinta o el gallardete rojo, blanco y verde. Cuando empieza el Lungotevere, la avenida que corre sobre las dos orillas del río, aparecen los primeros puestos de venta de banderas, bufandas y esas infernales cornetas adheridas a un tubo que contiene aire compromido que los tanos hacen sonar de improviso y te levantan de tu asiento. De temprano, también, se venden los "panini", el típico sánguche argentino pero con pan de baguette que los viáticos de los periodistas argentinos obligan a transformarlos en un almuerzo bacanal. Venden todo. Consumen todo.

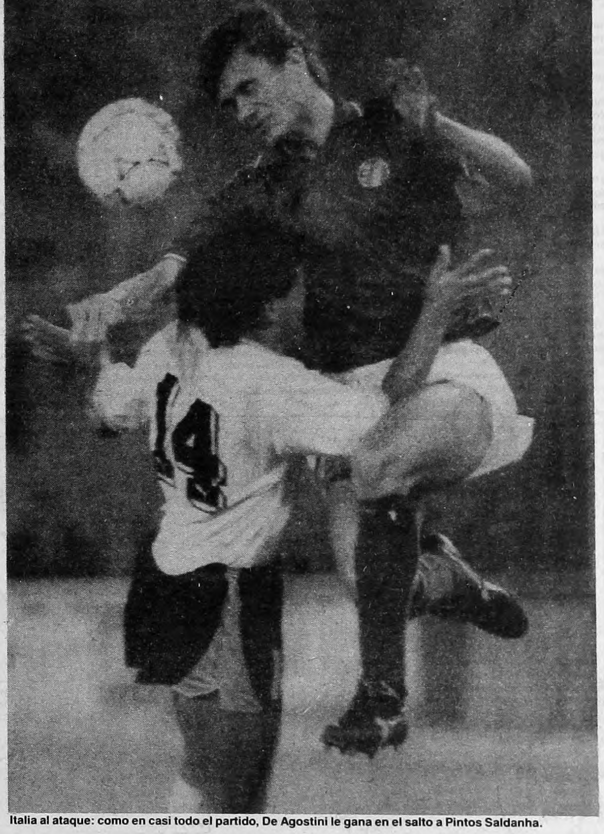
Al mediodía hay gente en los alrededores del Olímpico. Pasan unos uruguayos con la bandera de Peñarol y son ignorados. "Anoche ganó la Argentina, hoy gana Italia. ¿Festejamos esta noche?", propone una señorita a los periodistas que bajan del taxi en el Centro Stampa Gaetano Scirea. La agenda indica "Trigoria, Estadio Olímpico, envío de material, cena y cama", a lo que no falta quien propone la alteración del programa. A las 2 de la tarde, Roma se calcina con su verano. A las 4 se escapan todos del trabajo y las calles, las pocas avenidas, los vícolos —esos pasajes que rescatan los directores de cine— son improvisadas carreteras para huir del centro. A las 7 de la tarde corren todos, pero al revés. Vuelven de sus casas al Olímpico. A las 8 la ciudad está muerta.

Es imposible encontrar a alguien en la calle, caminando. El que fue sorprendido a la hora del partido se metió en un bar y se conformó con cerveza —a pesar de la prohibición— y el televisor. En cada ventana abierta se ven las imágenes de la RAI uno desde el estadio. Por la radio, el relator italiano, pese a que juega Italia, no relata, dice lo que pasa en el césped con voz de teleteatro y pausas interminables. La noche ideal para robar un banco o una joyería porque los carabinieri comen pizza y ven el partido con la tele portátil dentro de los carros de asalto. Tomar un taxi es ganar el Totocalcio, el PRODE de aquí, y quedarse sin cigarrillos es el primer paso a la abstinencia de por vida.

De pronto, aquí, en la calle, se escucha una explosión lejana. Al rato otra más y enseguida una tercera. Schillaci, Serena y el pitazo del minuto 90 devuelven a la muchedumbre a las calles. Por allá, por el Lungotevere, aparecen las primeras banderas. Se oyen los primeros bocinazos. roma recupera a su gente. Vuelve el aire contenido durante hora y media de susto provocado por la historia de "maracanazos" de los uruguayos. Es una buena noche para meter las patas en las fuentes de la ciudad.

¡Qué campanazo, padre!

(*Por P.V.*) Lo que más preocupa al padre Mario Pegorin (nacido en Padua, en el norte italiano) antes del partido es saber si juega Baggio. "Es del norte, *comme io*, es un fenómeno". El sacerdote de la congregación de los Misioneros Scalabrinianos vio a Italia junto a **Página/12**, en su parroquia de la calle Necochea, en el barrio de la Boca. "Estoy en la Argentina desde el año 1946, pero siempre sigo a Italia en los mundiales. Este año estoy desilusionado, porque el equipo de Vicini no está bien preparado y si no juega Baggio..." profetiza sin terminar la frase. Los primeros minutos del encuentro no lo seducen. "Es que a mí me gusta el juego de ataque. Yo era centrodelantero en el seminario, allá en Italia, me quebré una clavícula ya como cura. Esto de poner tres medios de contención no me atrae." La discusión se traslada hacia Totó Schillaci, visto que Italia no puede con la trampa de lentitud que le tiende Uruguay. "Se pronuncia *Squilachi*." El fenómeno peninsular se le sube a la garganta con el zurdazo de Totó. "Ahora falta el gol de Baggio" pide el padre Mario. Admirador de Boyé y Pontoni, descree de la teología aplicada al fútbol: "Me molesta que hablen de las manos de Dios tan a la ligera. No existe premio ni castigo de Dios sin intervención terrena. La mano fue de Maradona" opina con firmeza e inmediatamente elogia "la categoría de Baresi". El gol de Serena lo encuentra menos eufórico. "Se ganó, pero no fue un buen partido." Si Dios vio el cotejo con los ojos del padre Mario tampoco estará contento. Aunque haya ganado de local.


AFP

Italia al ataque: como en casi todo el partido, De Agostini le gana en el salto a Pintos Saldanha.

España y Yugoslavia, al mediodía

Con los dos partidos disputados ayer, son seis los equipos que pasaron a los cuartos de final. A Camerún y Checoslovaquia (clasificados el sábado) y la Argentina y Alemania Federal (el domingo, con sus triunfos frente a Brasil y Holanda, respectivamente), se sumaron Irlanda e Italia.

Hoy surgirán los dos restantes. A partir de las 12, hora argentina, (ATC en directo) España y Yugoslavia tratarán de ser el próximo rlival de Argentina, en Verona, en tanto que en Bolonia, Inglaterra y Bélgica (ATC en directo) buscarán la plaza para enfrentarse a Camerún, a partir de las 16.

Los irlandeses se clasificaron luego de haber igualado los 90 minutos y los dos tiempos suplementarios, en la ejecución de remates desde el punto del penal. El partido había sido de muy bajo nivel técnico, pero dentro de esa tónica fue Rumania la que manejó mejor la pelota y tuvo las oportunidades. Sin embargo, a la hora de definir, los irlandeses concretaron los cinco disparos y el arquero Bonner desvió el tiro de Timofte. En Roma, Italia derrotó a Uruguay 2-0, con goles de Schilacci y Serena. Con estos resultados, los cuartos de final enfrentarán a Argentina con el ganador de Yugoslavia-España, en Florencia, el sábado al mediodía de nuestro país. Cuatro horas después, en Roma, jugarán Italia-Irlanda. El domingo, en primer turno, en Milán se enfrentarán Checoslovaquia-Alemania y a las 16 de Argentina, en Nápoles, Camerún y el ganador de Inglaterra-Bélgica.



Nápoles	Sábado 23	Camerún	2	Colombia	1
Bari	Sábado 23	Checoslovaquia	4	Costa Rica	1
Turín	Domingo 24	Brasil	0	Argentina	1
Milán	Domingo 24	Alemania	2	Holanda	1
Génova	Lunes 25 (x)	Irlanda	0	Rumania	0
Roma	Lunes 25	Italia	2	Uruguay	0
Verona 12 hs.	Martes 26	España		Yugoslavia	
Bolonia 16 hs.	Martes 26	Inglaterra		Bélgica	

(x) Ganó Irlanda 5-4 en los remates desde el punto del penal

DOS GOLES PUSIERON A LOS AZURRI EN LOS CUARTOS

Italia 90, Uruguay 0

(Por D.L., desde Roma) Comenzó en punto, como todo el Mundial, pero aquí, en el Estadio Olímpico de Roma, Italia, a partir de las 21 (16 hora argentina), se jugaba la clasificación a los cuartos de final ante Uruguay, ese equipo que es capaz de soplarle la velita al dueño de casa, sobre todo porque aquí, aún, se recuerda el "maracanazo" ante Brasil en 1950 y sobre todo teniendo en cuenta que el conjunto de Lazaroni sacó pasaje de vuelta.

Pero ayer todo salió como estaba previsto. Uruguay soportó dignamente lo que pudo y fue Schillaci el que colocó a los italianos rumbo a los cuartos con un zapatazo misilístico y Serena el que acabó con la poca ilusión "oriental". Pero antes del encuentro y durante todo el día de ayer, sin saber que los locales iban a ganar por 2 a 0, comenzó la fiesta.

Detrás de las montañas subía un sol amenazante. Ese abrazo que el Raccordo Anulare le pega a Roma nos conducía de regreso de Turín. Amanecía y la disciplina laboral de los italianos estaba en marcha una vez más. No había balcón sin la bandera tricolor. No había auto sin la cinta o el gallardete rojo, blanco y verde. Cuando empieza el Lungotevere, la avenida que corre sobre las dos orillas del río, aparecen los primeros puestos de venta de banderas, bufandas y esas infernales cornetas adheridas a un tubo que contiene haire comprimido que los tanos hacen sonar de improviso y te levantan de tu asiento. De temprano, también, se venden los "panini", el típico sánguche argentino pero con pan de baguette que los viáticos de los periodistas argentinos obligan a transformarlos en un almuerzo bacanal. Venden todo. Consumen todo.

Al mediodía hay gente en los alrededores del Olímpico. Pasan unos uruguayos con la bandera de Peñarol y son ignorados. "Anoche ganó la Argentina, hoy gana Italia. ¿Festejamos esta noche?", propone una señorita a los periodistas que bajan del taxi en el Centro Stampa Gaetano Scirea. La agenda indica "Trigoria, Estadio Olímpico, envío de material, cena y cama", a lo que no falta quien propone la alteración del programa. A las 2 de la tarde, Roma se calcina con su verano. A las 4 se escapan todos del trabajo y las calles, las pocas avenidas, los vícolos —esos pasajes que rescatan los directores de cine— son improvisadas carreteras para huir del centro. A las 7 de la tarde corren todos, pero al revés. Vuelven de sus casas al Olímpico. A las 8 la ciudad está muerta.

Es imposible encontrar a alguien en la calle, caminando. El que fue sorprendido a la hora del partido se metió en un bar y se conformó con cerveza —a pesar de la prohibición— y el televisor. En cada ventana abierta se ven las imágenes de la RAI uno desde el estadio. Por la radio, el relator italiano, pese a que juega Italia, no relata, dice lo que pasa en el césped con voz de teleteatro y pausas interminables. La noche ideal para robar un banco o una joyería porque los carabinieri comen pizza y ven el partido con la tele portátil dentro de los carros de asalto. Tomar un taxi es ganar el Totocalcio, el PRODE de aquí, y quedarse sin cigarrillos es el primer paso a la abstinencia de por vida.

De pronto, aquí, en la calle, se escucha una explosión lejana. Al rato otra más y enseguida una tercera. Schillaci, Serena y el pitazo del minuto 90 devuelven a la muchedumbre a las calles. Por allá, por el Lungotevere, aparecen las primeras banderas. Se oyen los primeros bocinazos. roma recupera a su gente. Vuelve el aire contenido durante hora y media de susto provocado por la historia de "maracanazos" de los uruguayos. Es una buena noche para meter las patas en las fuentes de la ciudad.

¡Qué campanazo, padre!

(Por P.V.) Lo que más preocupa al padre Mario Pegorin (nacido en Padua, en el norte italiano) antes del partido es saber si juega Baggio. "Es del norte, *comme io*, es un fenómeno". El sacerdote de la congregación de los Misioneros Scalabrinianos vio a Italia junto a **Página/12**, en su parroquia de la calle Necochea, en el barrio de la Boca. "Estoy en la Argentina desde el año 1946, pero siempre sigo a Italia en los mundiales. Este año estoy desilusionado, porque el equipo de Vicini no está bien preparado y si no juega Baggio..." profetiza sin terminar la frase. Los primeros minutos del encuentro no lo seducen. "Es que a mí me gusta el juego de ataque. Yo era centrodelantero en el seminario, allá en Italia, me quebré una clavícula ya como cura. Esto de poner tres medios de contención no me atrae." La discusión se traslada hacia Totó Schillaci, visto que Italia no puede con la trampa de lentitud que le tiende Uruguay. "Se pronuncia *Squilachi*." El fenómeno peninsular se le sube a la garganta con el zurdazo de Totó. "Ahora falta el gol de Baggio" pide el padre Mario. Admirador de Boyé y Pontoni, descree de la teología aplicada al fútbol: "Me molesta que hablen de las manos de Dios tan a la ligera. No existe premio ni castigo de Dios sin intervención terrena. La mano fue de Maradona" opina con firmeza e inmediatamente elogia "la categoría de Baresi". El gol de Serena lo encuentra menos eufórico. "Se ganó, pero no fue un buen partido." Si Dios vio el cotejo con los ojos del padre Mario tampoco estará contento. Aunque haya ganado de local.

AFP



Italia al ataque: como en casi todo el partido, De Agostini le gana en el salto a Pintos Saldanha.

España y Yugoslavia, al mediodía

Con los dos partidos disputados ayer, son seis los equipos que pasaron a los cuartos de final. A Camerún y Checoslovaquia (clasificados el sábado) y la Argentina y Alemania Federal (el domingo, con sus triunfos frente a Brasil y Holanda, respectivamente), se sumaron Irlanda e Italia.

Hoy surgirán los dos restantes. A partir de las 12, hora argentina, (ATC en directo) España y Yugoslavia tratarán de ser el próximo rlival de Argentina, en Verona, en tanto que en Bolonia, Inglaterra y Bélgica (ATC en directo) buscarán la plaza para enfrentarse a Camerún, a partir de las 16.

Los irlandeses se clasificaron luego de haber igualado los 90 minutos y los dos tiempos suplementarios, en la ejecución de remates desde el punto del penal. El partido había sido de muy bajo nivel técnico, pero dentro de esa tónica fue Rumania la que manejó mejor la pelota y tuvo las oportunidades. Sin embargo, a la hora de definir, los irlandeses se concretaron los cinco disparos y el arquero Bonner desvió el tiro de Timofte. En Roma, Italia derrotó a Uruguay 2-0, con goles de Schilacci y Serena. Con estos resultados, los cuartos de final enfrentarán a Argentina con el ganador de Yugoslavia-España, en Florencia, el sábado al mediodía de nuestro país.

Cuatro horas después, en Roma, jugarán Italia-Irlanda. El domingo, en primer turno, en Milán se enfrentarán Checoslovaquia-Alemania y a las 16 de Argentina, en Nápoles, Camerún y el ganador de Inglaterra-Bélgica.

Nápoles	Sábado 23	Camerún	2	Colombia	1
Bari	Sábado 23	Checoslovaquia	4	Costa Rica	1
Turín	Domingo 24	Brasil	0	Argentina	1
Milán	Domingo 24	Alemania	2	Holanda	1
Génova	Lunes 25 (x)	Irlanda	0	Rumania	0
Roma	Lunes 25	Italia	2	Uruguay	0
Verona 12 hs.	Martes 26	España		Yugoslavia	
Bolonia 16 hs.	Martes 26	Inglaterra		Bélgica	

(x) Ganó Irlanda 5-4 en los remates desde el punto del penal

CRONICA DE UN GOL SOLO

Y AHORA QUE VENGA CAMERUN

Por Rudy

Minuto 1: Se escapa Careca, varios defensores argentinos le rezan a San Cayetano para que lo detengan y no perder el trabajo. Finalmente salva Goycochea.

Minuto 3: Se escapa Alemao, atraviesa el Muro de Berlín, saca un violento remate que va a la platea, justito al lugar en el que se hubiese sentado Menem en caso de haber estado mirando el partido allí.

Minuto 6: Nuevo avance de Brasil. Por pedido de Giusti, el árbitro constata que la cancha no está inclinada hacia el arco argentino. La tribuna silba cada vez que avanza Argentina. Todavía no silbó.

Minuto 7: Un jugador argentino cruza la mitad de cancha, y se sorprende de que no hay trabas aduaneras.

Minuto 10: Un brasileño estudia a Maradona para ver dónde le queda un cachito sano, y ahí le pega.

Minuto 11: Cuatro avances más, para Brasil. Argentina considera la posibilidad de pedir un préstamo al FMI para compensar.

Minuto 14: Por un nuevo pedido argentino, el árbitro constata que son 11 contra 11 y no 42 contra 7, como parecen. Brasil domina gracias a la superioridad numérica.

Minuto 15: Aparece Caniggia. Lástima que aparece en offside.

Minuto 18: Cabezazo de Careca (u otro brasileño, el susto no me permitió distinguir) que se estrelló en el poste, sobre la estampita de Santa Catalina. Argentina se salva de milagro, e intenta organizar una misa ad-hoc para agradecerlo, cosa que es aprovechada por los brasileños para avanzar 4 veces en tres minutos.

Minuto 24: Fuerte rechazo de Monzón, de cabeza. La pelota se va lejos, la cabeza por suerte no.

Minuto 25: Caniggia ingresa en campo de Brasil, pero sin la pelota. La plata no alcanzaba para los 2 pasajes. Se terminó lo de la plata dulce.

Minuto 29: Bilardo piensa en un cambio, pero la cotización no lo ayuda.

Minuto 30: Los argentinos piden "la hora, referí", y que vuelvan a contar a los brasileños a ver si entró alguno en forma subrepticia.

Minuto 36: El partido adquiere ritmo de samba. Bilardo propone poner un tango a todo volumen para aquietar la acción.

Minuto 40: Pelota detenida, es liberada por falta de mérito. Le pegan a Maradona en la pierna de Burruchaga, ya que en el cuerpo de Diego no hay lugares para seguir pegando. Se lo pierde Ruggeri.

Minuto 43: Corner cedido por Argentina en cumplimiento del tratado de integración latinoamericana.

Termina el primer tiempo. 0 a 0, desgraciadamente gracias a Dios.

Segundo tiempo

Comienza, luego de 15 minutos de publicidad. La pelota ahora está en campo brasileño, pero como cambiaron de arco, es ahora campo argentino.

Minuto 3: Los argentinos buscan mantener el empate que les permita perder por penales.

Minuto 6: El referí desestima un pedido argentino de 40 minutos de silencio en homenaje a la falange del dedo gordo de Maradona.

Minuto 8: Nuevo tiro de Alemao al poste argentino. Esta vez en la estampita de Santa Rita. El referí no permite la misa porque sería hacer tiempo.

Minuto 10: Varios clubes europeos interesados en postes argentinos.

Minuto 14: La FIFA desestima un pedido argentino de llevar los partidos a 2 tiempos de 13 minutos, porque Havelange es brasileño.

Minuto 15: Menem le propone a Collor un "tratado de pases recíprocos".

Minuto 16: Corner para Argentina. Bilardo hace entrar a Calderón por Alemao. El referí se da cuenta y al final sale Troglio.

Minuto 18: Partido parejo, todo el tiempo domina Brasil.

Minuto 22: Bilardo comenta: acá buscamos un resultado si hubiera querido chiches, lo ponía a Vanrell.

Minuto 27: Jugada de peligro generada por Basualdo. Se salva Argentina.

Minuto 30: Se escucha: "Argentina, Argentina". Son los 11 jugadores que gritan, festejando el 0 a 0 parcial.

Minuto 33: Tiro libre para Brasil. Esta vez no pega en el poste, sale afuera.

Minuto 36: GOOOOOOOOOOOOOOOOOL ARGENTINOOOOOOOOO!!!! (ver dibujo de Rep).

Minuto 38: Expulsan a Ricardo Gomes. La selección argentina es una aplanadora, a pesar de seguir siendo estatal.

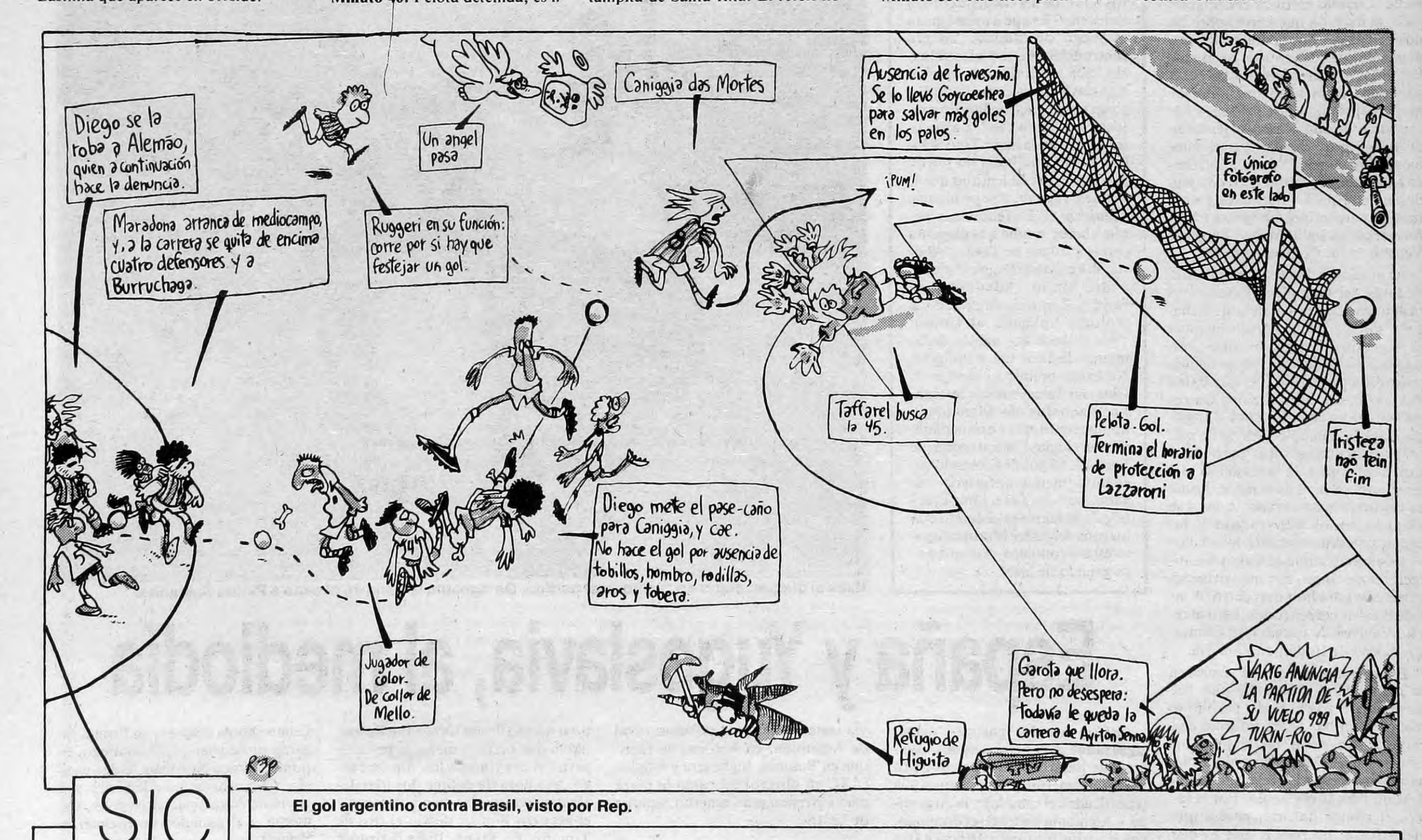
Minuto 42: Amonestado Goycochea por tratar de adelantar el reloj del referí.

Minuto 43: Müller se pierde un gol hecho, uno a medio hacer y uno crudo.

Minuto 45: El partido no termina, no termina más.

Minuto 47: Terminó, ganamos. La pierna de Olarticoechea se abraza al ojo de Maradona. Bilardo se saca las manos de la cara, algarabía en la Casa Rosada. Aumenta la cotización de las banderas celestes y blancas.

Ultima reflexión: Esperemos que Diego Maradona esté en su mejor estado físico para la final del 8 de julio, contra Camerún.



El gol argentino contra Brasil, visto por Rep.

SIC

"Ahora no vale la pena reclamar, pero necesitábamos el doble de tiempo que tuvimos para preparar el Mundial y hacer el equipo." (Sebastiao Lazaroni, técnico de Brasil)

* * *

"Matar a un hooligan no es delito." (Leyenda escrita en una pared del estadio de Bolonia, donde hoy juegan Bélgica e Inglaterra)

* * *

"Tenemos un defecto, es que jugamos demasiado apurados." (Luis Suárez, técnico español)

* * *

"Holanda fue traicionada por los tres milanistas." (Leo Benhakker, técnico holandés, refiriéndose a Rijkaard, Van Basten y Gullit)

* * *

"Es culpa mía. Merezco el título del peor de la cancha." (Marco Van Basten)

* * *

"Fue lamentable ver a Brasil despedirse de esta manera." (Arthur Antunes "Zico", viendo perder a su equipo por TV)

* * *

"Los jugadores de fútbol no deben creer que un gol puede proporcionarles el mismo placer que una correcta relación sexual." (Del presidente de la Sociedad Italiana de Psicoanálisis, Emilio Servadío)

"Selección de Lazaroni (1989-1990). La hinchada brasileña cumple el doloroso deber de comunicar el fin de la selección de Sebastiao Lazaroni, que jugó mediocre y cobardemente durante toda su existencia, sin el menor respeto por las tradiciones de nuestro fútbol. Tuvo el final que merecía... Maradona y Caniggia, dos cracks al mejor estilo sudamericano, decretaron el desastre que enlutó a 140 millones de brasileños. Lazaroni recibirá los pésames en Florencia, donde tendrá un año para llorar en el hombro de su idolatrado Dunga." (*Ultima Hora* de Río de Janeiro satirizó la derrota con un aviso fúnebre)

* * *

"Después de todo, aún no es demasiado tarde. Si el presidente de la Juventus me necesita, que me llame que aquí me tiene." (El goleador de Camerún, Roger Milla)

* * *

"No se la agarren con Higuita." (Thomas N'Kono, el arquero de Camerún)

"Si después de 20 años, Brasil dependía de la suerte para ser campeón mundial por cuarta vez, entonces lo que nos hace falta no es un buen técnico: necesitamos un suertudo, un equipo menos multifuncional y menos políglota pero mucho más competitivo. Y suertudo." (Un periodista brasileño, a raíz de las afirmaciones de Lazaroni sobre que Brasil tuvo mala suerte)

* * *

"Temo a Gascoigne, el 10 de Inglaterra." (Guy Thys, director técnico de Bélgica, antes del partido ante Inglaterra)